

La revitalización del debate del proceso de trabajo

Enrique De la Garza

INTRODUCCIÓN

El análisis del Proceso de Trabajo fue durante decenios el eje central del estudio de la Sociología del Trabajo, sea que su inicio se le ubique en la obra de Elton Mayo (1970), como en la Sociología del Trabajo Francesa posterior a la segunda guerra mundial con la obra de Friedman, Naville y Touraine (Friedmann; Naville, 1970), en la sajona que parte de Braverman (1974) en los setenta, o la italiana con Panzieri (1976) de inicios de los sesenta. Es cierto que la Sociología del Trabajo nunca se limitó a estudiar a los obreros trabajando; se desbordó muy pronto a la familia, la escuela, el barrio, con cortes de género, etnia y generación e incluso encontró formas de trascender lo micro de las fábricas para tener contacto con las corrientes de mercados de trabajo, relaciones industriales o de estudio de los sindicatos y del movimiento obrero. Sin embargo, si hubiera que apostar al campo específico, o mejor dicho, al enfoque específico de un campo, que caracteriza a la sociología del trabajo y que difícilmente se comparte con otras disciplinas, tendríamos que pensar en el estudio del proceso de trabajo con un enfoque no en factores de la producción en términos de costos, ni reducido a lo jurídico o a lo psicológico, sino en sujetos dotados de subjetividad pero ubicados en estructuras de los procesos productivos, que a su vez se insertan dentro de la estructura organizacional de la empresa y del llamado sistema de relaciones industriales que incluye instituciones, actores y acuerdos que trascienden el

lugar de trabajo en el sistema económico y político (De la Garza, 2008). No queremos decir que tan solo la Sociología del Trabajo estudie el proceso de trabajo; múltiples disciplinas lo hacen desde sus propios puntos de vista (economía de la empresa, de organizaciones, psicología, derecho etc.). Sin embargo, el enfoque sociológico del proceso de trabajo partiría de que éste sea sobre todo una relación social y con los medios de producción con consecuencias económicas y que, dentro de una racionalidad general fincada en las ganancias de la empresa capitalista, las interacciones que se dan en el proceso de trabajo implican intercambios simbólicos y de poder. Sobre esta perspectiva de análisis, la explicación más coherente la dio la corriente inglesa del Debate del Proceso de Trabajo o Teoría del Proceso de Trabajo, que partió del británico Braverman (1974) y que, aunque ha tenido ilustres representantes de nacionalidades diferentes (Thompson, 2010), no hay duda de que desde los setenta ha tenido su centro en la Gran Bretaña. Sobre esta corriente, su ascenso, decadencia y revitalización actual discutiremos más adelante, pensando que sí hay aportes importantes sobre el estudio de los procesos de trabajo en otros países (Thompson; McHugh, 1990).

En América Latina la recepción e importancia de los estudios sobre Procesos de Trabajo pasó por una euforia en los ochenta y parte de los noventa vinculada a lo que hemos llamado la Reestructuración Productiva en países importantes de la región – cambios en tecnológica, organización, relaciones laborales, perfil de la mano de obra etc. –, que en algunos casos se inició tempranamente en los ochenta y se extendió hasta los noventa, sin nunca abarcar al conjunto del aparato productivo de ninguno de nuestros países (De la Garza; Neffa, 2010). Al principio, la trayectoria principal de recepción de los estudios del proceso de trabajo en Latinoamérica vino sobre todo del regulacionismo francés, que sin ser propiamente una teoría del proceso de trabajo la incluye a través de conceptos como taylorismo, fordismo en sentido restringido, toyotismo etc. (Boyer, 1989) y, más recientemente, con el concepto de modelo de producción que, además de estrategia de negocios incluye organización y relación salarial (Freysenet; Boyer, 2000). No significa que la sociología del trabajo funcionalista, la francesa clásica o la obrerista italiana no hayan estado presentes con anterioridad a los ochenta, pero se trataba de esfuerzos de impactos muy restringidos en comparación con los abundantes y dominantes estudios sobre el movimiento obrero. No era para menos, América Latina estaba en efervescencia en los setenta, antes de los golpes militares (Brasil y otros países se habían adelantado) y el gru-

eso de las discusiones no pasaba por los procesos productivos sino por las relaciones entre centro y periferia y las posibilidades o no del socialismo. En estas condiciones, investigaciones sobre procesos de trabajo como las de Touraine (1967) en Chile o de Di Tella (1967) en Argentina, tuvieron muy escaso impacto y fueron tachadas de distractoras de los problemas centrales que pasaban por la movilización de los trabajadores y la transformación del Estado o bien por la lucha armada. En los pocos países en los que no hubo dictaduras militares – México, Venezuela, Costa Rica – las teorías de la Dependencia, sobre todo en sus versiones marxistas, fueron dominantes y poco espacio quedó para los estudios de procesos de trabajo o bien se los vieron con sospecha. En los países con dictadura militar, la sociología como disciplina no tuvo las mejores condiciones para prosperar y, en el mejor de los casos, fue el funcionalismo lo aceptado institucionalmente, sin que ello significara tampoco un desarrollo importante en estas investigaciones (Abramo; Montero 2000). Es decir, para que los estudios de proceso de trabajo se desarrollaran plenamente hubo que esperar hasta la década de los ochenta, cuando posiblemente se volvieron dominantes entre los que estudiamos el trabajo desde diversas perspectivas. Detrás de este interés estaba el inicio del fin de las dictaduras militares y sobre todo una nueva generación de estudiosos mejor formada en perspectivas teóricas internacionales, que realizó sus investigaciones al calor de la reestructuración productiva naciente. Pero las fuentes iniciales de inspiración teórica para el estudio de los procesos de trabajo fueron sobre todo los regulacionistas franceses, leídos no como economistas sino como teóricos de los procesos productivos, seguidos de la especialización flexible (Piore; Sabel, 1980), los neoschumpeterianos (Dosi *et al.*, 1988) y otras perspectivas. La obra de más impacto de la época fue *L'Atelier et le chronometre* de Coriat (1979), que a su vez tenía reminiscencias de los obreristas italianos en cuanto al análisis del proceso de trabajo. También influyeron en nuestra región lecturas a destiempo de Braverman, de Touraine, de Panzieri en los inicios, pero ninguna corriente de sociología del trabajo internacional podría reclamar ser la más influyente, tal y como lo fue el regulacionismo en los trabajos de una generación. En esa época era difícil encontrar en América Latina quien fuera experto en Sociología del Trabajo propiamente dicho, en términos de especialista formado en la academia. En todo caso, los pocos que habían aparecían subordinados a los problemas derivados de la Regulación francesa.

Posteriormente, las fuentes de inspiración teórica se diversificaron en la región a partir de finales de los noventa, sobre todo con la sociología francesa del trabajo (Rose, 1979), en parte con las relaciones laborales inglesas (Hyman, 1987; Edwards, 1986), en menor medida con la equivalente norteamericana, excepto cuando se vinculaba con la inglesa como es el caso de Burawoy (1979), y menos todavía con la alemana (Kern; Schumann, 1998) y la italiana, que eran poco conocidas en la región. En cambio, a partir de los noventa, la naciente sociología del trabajo española y sobre todo grandes líderes como Juan José Castillo, han tenido desde esa década una indiscutible influencia en América Latina.

Hacia finales de los noventa el interés por la reestructuración productiva decayó en América Latina – a diferencia del mundo desarrollado – posiblemente porque ya quedaba claro que en ningún país de esta zona el fenómeno abarcaba al grueso del aparato productivo y que no se había cumplido la expectativa optimista modernizadora y de mejoría de los niveles de vida de la población, o peor aún, que las luchas importantes por el poder en la región no pasaban por los procesos de trabajo (De la Garza, 2009). En estas condiciones prácticamente se dejaron de estudiar los modelos de producción emergentes y se abandonaron los balances nacionales de la reestructuración productiva que habían sido tan ricos en la primera parte de los noventa. Hacia finales de los noventa hicieron su irrupción las nuevas modalidades de las teorías del fin del trabajo. Las teorías originales de los ochenta con Offe (1996) y otros y las de inicios de los noventa con Rifkin (1996) no hicieron gran mella en los entusiastas investigadores de los procesos de trabajo de América Latina. Hasta que irrumpieron las tesis pesimistas de Bauman (2004) y Sennet (2006) acerca de la fragmentación de las identidades en la nueva economía, las cuales fueron acogidas con entusiasmo por una nueva generación de estudiantes y académicos, sumadas a la emergencia de posturas constructivistas, postestructuralistas, de imaginarios, del discurso igual a realidad que conforman un panorama muy confuso para la Sociología del Trabajo actual en América Latina. Estas, sin embargo, no eran las posiciones de los fundadores modernos de la sociología del trabajo que partía de los ochenta, una parte de los cuales seguía muy activa, pero sus antiguos temas aparecían a muchos jóvenes estudiosos como anticuados, de tal forma que subjetividad e identidad se volvieron temas preferidos aunque no necesariamente vinculados con los procesos de trabajo.

Conviene recapitular cómo es posible que en un país tan importante como Inglaterra para la sociología del trabajo haya actualmente un re-

punte importante de la Teoría del Proceso de Trabajo y sus investigaciones empíricas (Thompson; Smith, 2009), después de algunos años de decadencia en los que hizo afirmar a algunos que estaba muerta y como se dio el debate con la postmodernidad, del cual salió victoriosa la primera; todo ello a contracorriente de las influencias teóricas de otros países del continente europeo que pretenden dictar la moda de lo que se debe privar en la disciplina (O'Doherty; Willmott, 2001). También este ensayo nos permitirá discutir con las formas postmodernas o postmodernizantes con que se presenta la discusión en Inglaterra (Knights; Willmotts, 1985; O'Doherty; Willmott, 2001) y actualmente en América Latina. Porque es frecuente que el especialista en sociología del trabajo que adopta de segunda mano un marco teórico en nuestra región – imaginarios, poses-structuralismo, postmodernismo etc. – normalmente no repare en reflexionar acerca de los supuestos de realidad y conocimiento que siempre están detrás de los grandes paradigmas y si estos resultan convincentes.

LA PRIMERA GRAN ETAPA DE LOS DEBATES SOBRE EL PROCESO DE TRABAJO

Aunque se trata de los debates en el mundo sajón, hay razón para obviar la nacionalidad, primero porque se trata de un debate de raigambre marxista que desde los años setenta se había impuesto a otros sajones de tipo funcionalista (Goldthorpe, 1970); segundo, porque siendo precursora la sociología clásica del trabajo francesa, ésta transitó muy tempranamente hacia otras preocupaciones (el impacto postmoderno fue importante desde inicios de los ochenta) de tal forma que dejó el campo a los ingleses. Las de otros países – Schuman en Alemania o los obreristas como Panzieri en Italia, por ejemplo – no han tenido la difusión de la corriente que trataremos (De la Garza, 1998). El punto de partida de este debate fue el libro de Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, que parte de Marx en su sección cuarta de *El capital*, en donde analiza el paso de la manufactura a la gran industria. Esta lectura de Braverman de *El capital* tiene semejanzas con la previa de Panzieri (*Sull uso capitalistico de la machina*) en cuanto a asumir cabalmente que el proceso de producción capitalista no es solo de valorización (creación de valor y acumulación de capital) sino inevitablemente y a la vez, proceso de trabajo (transformación concreta de un objeto concreto por una mano de obra con medios concretos de producción) y que el capital para cumplir su función de valorización tiene que dominar al trabajo dentro del proceso de trabajo, de tal forma que dicho proceso implica una relación de fuerzas entre capital

y trabajo. El complemento es la diferencia entre Fuerza de Trabajo y Trabajo, la primera determinada por las condiciones de producción y de mercado de los bienes salario de los trabajadores, es decir, establecida al externo del proceso de trabajo y más allá de la voluntad de los trabajadores de un proceso concreto de producción. En cambio, el trabajo como valor agregado en la jornada de trabajo reconocería una indeterminación que no se resuelve con el contrato de trabajo, es decir, el valor generado depende sobre todo de las relaciones en el proceso de trabajo y éstas no son fuerzas anónimas sino entre hombres que pueden cooperar o resistirse. Estos dos aspectos son las justificaciones de porqué debe haber una teoría del proceso de trabajo y no ser éste un epifenómeno de la valorización o de la acumulación del capital e incluso del mercado del producto y de la fuerza de trabajo (Smith; Thompson, 1998). Esta primera etapa clásica del debate de la TPT, a su vez, reconoce tres subetapas:

La subetapa propiamente fundacional con Braverman

Muy a tono con cierta ciencia política de su época, Braverman tradujo el problema más amplio del poder (coerción) y dominio (consenso), en la terminología weberiana, por el concepto norteamericano de control (se puede controlar por la fuerza o por el convencimiento), aunque es cierto que él solo puso el acento en el componente de despotismo del capital dentro del proceso de trabajo, sin advertir que el despotismo es solo una de las formas de control. Del control, Braverman pasó a la descalificación como tendencia, es decir, se controla descalificando, el descalificado controla menos su trabajo, tendencia que no se cumplió a raíz de las reestructuraciones toyotistas a partir de los ochenta. El hecho de no predominar la fuerza no significa sin embargo que no haya control, porque aunque el proceso de trabajo no sea determinista (Friedman, 1977), sí hay condiciones estructurales vinculadas con la tasa de ganancia que constriñen o presionan a las empresas y a las gerencias para obtener resultados productivos, de tal manera que la idea de la TPT de indeterminación abstracta había que convertirla en una indeterminación concreta, acotada en un espacio de posibilidades concreto en la coyuntura, en el que no todo es posible so pena de quebrar la empresa. Frente a esta eventualidad, la gerencia no puede ser absolutamente permisiva, ni dejar de vigilar y controlar, es decir, ni determinismo en la tendencia a la descalificación ni determinismo en autonomía. El espacio de lo posible en el proceso de trabajo depende de estructuras de mercados del producto, de

la fuerza de trabajo, de sistemas de relaciones industriales, de estructuras organizacionales etc., y también de las relaciones de fuerza en el trabajo y fuera de él, medidas por las concepciones de los sujetos involucrados. Tampoco el problema de la indeterminación debería convertirse en el de la contingencia absoluta (Hyman, 1987), ni dejar la teorización solo al nivel de las estructuras, del proceso de trabajo, por ejemplo, sino como Thompson reconoció recientemente, entre estructura del proceso de trabajo y control media la subjetividad (Thompson; O'Doherty 2008) – y la acción diríamos nosotros – y estas relaciones entre estructuras y control no pueden dejarse a lo aleatorio sino buscar la forma de vincularlos con la subjetividad, de teorizar e investigar empíricamente a ésta y a la identidad. El reconocimiento de la importancia de la subjetividad – entendida como proceso de construcción de significados sociales o colectivos – no conduce automáticamente al subjetivismo, como todo aquel que introduzca las estructuras no necesariamente es un estructuralista.

Braverman cometió grandes errores derivados de sus concepciones muy estructuralistas que no les otorgaban un papel activo a los sujetos, pero también tuvo grandes aciertos: rompió con las visiones optimistas acerca del carácter liberador de las nuevas tecnologías de los años cincuenta y sesenta y de la amabilidad de los sistemas de relaciones industriales en el capitalismo avanzado (Kerr; Dunlop, 1962; Dunlop, 1958; Blauner, 1964; Mallet, 1972; Touraine, 1970)). Desde el punto de vista marxista, se conectó el proceso de trabajo con la economía política (rompiendo con la lectura de la economía política solo como economía, que prevalecía entonces) en un ambiente de ascenso de las luchas obreras en Europa Occidental en el que reaparecía la demanda por el control sobre el proceso de trabajo (Pizzorno *et al.*, 1978) Parafraseando a Gramsci, al calor de la oleada obrerista de 1917-1923, la clase obrera no se estaba levantando en algunos países por culpa del hambre o del desempleo sino, en parte, por el control de sus condiciones de vida y de trabajo.

Las críticas internas a Braverman (de finales de los 70s a inicios de los 80s)

En el mundo sajón aparecieron muchas críticas al interior del debate sobre el proceso de trabajo (Friedman, 1977; Tolliday, 1992). La primera de ellas era fundamental: si el proceso de valorización determinaba al proceso de trabajo, es decir si a una etapa de la forma de extracción de la plusvalía en la acumulación del capital le correspondería cierta

tecnología u organización del trabajo, o cierta forma de control. La respuesta más frecuente fue por el lado de la autonomía relativa del proceso de trabajo de acuerdo con el principio tan caro a la corriente de “indeterminación del trabajo”, tachando a Braverman de funcionalista de la relación entre etapas de la acumulación y formas del control. Como mencionamos, los experimentos ingleses del *job enlargement*, *job enrichment* del Tavistock Institute, así como los en esa época nuevos métodos de organización japoneses, no permitían afirmar la tesis de la tendencia a la descalificación, y la del mayor control del *management* sobre el proceso de trabajo no resultaba tan obvia, de tal forma que el control despótico solo era una de las formas del control: Braverman se quedaba muy corto frente al toyotismo naciente. Asimismo, había un claro descuido suyo en la subjetividad y la acción colectiva que forman parte de esa indeterminación del trabajo y que, dentro de ciertos límites, pueden variar tendencias como la de la descalificación. Finalmente, era la ausencia de una idea en Braverman de Totalidad, de vínculos del proceso de trabajo con el todo social que no se resuelve únicamente en la relación con la Economía, sino también al menos con el Estado, la familia, la escuela.

En particular, el debate sobre las tendencias al control y la resistencia se sofisticó y se complicó. En general, se afirmó que no había tendencias objetivas a la descalificación porque el objetivo de la empresa no sería el control sino la ganancia (las relaciones serían de explotación y no simplemente de control y ésta se podría obtener por el consenso o por la coerción) así habría varios tipos de control (directo, técnico, burocrático) (Edwards, 1986) y no evolucionarían necesariamente en una dirección, sino que habría ciclos del control relacionados con crisis del control. Sobre la indeterminación del trabajo también se avanzó en términos de que a pesar de las reglas formales en el proceso de trabajo, las reglas siempre deben ser interpretadas, lo que conduciría a una negociación cotidiana del orden y a la posibilidad de una autonomía responsable. En conclusión, puede haber en el proceso de trabajo imposición y consenso. Burawoy (1979) llevó al extremo este argumento en contra del determinismo hacia el despotismo argumentando que el convencimiento y la aceptación del orden productivo no eran tanto resultado de la inducción ideológica del *management* o de un plan, sino durkheiminamente (Durkheim, 1964) de la presión social de los propios trabajadores sobre sus compañeros para desempeñarse eficientemente en el trabajo.

EL DEBATE CON EL POSTFORDISMO

El primer gran rival de la Teoría del Proceso de Trabajo fue el postfordismo, que en los ochenta apareció como una explicación muy abarcante de las reestructuraciones productivas. Solo cuando se identificó ya en los noventa por la TPT un enemigo más importante en los postestructuralistas y, ante el escaso impacto del postfordismo en Inglaterra, el debate entre estas dos corrientes amenguó (Clarke, 1988; Clarke, 1990).

En este período que corresponde a finales de los ochenta e inicios de los noventa, se sigue en la línea de la indeterminación del Trabajo negando que el *management* buscara conscientemente el control, al grado de rechazar como en Hyman (1987) el concepto de estrategia gerencial. Lo que habría sería una permanente contingencia con soluciones “ad hoc”. Tampoco habría etapas históricas en los procesos de trabajo en aras de la contingencia y, en esta medida, no se aceptaba al postfordismo, por lo pronto visto como etapa. La aceptación de la contingencia impidió captar, dice Thompson, que había una nueva realidad con el toyotismo y otros fenómenos de la reestructuración, aunque el problema más importante fue dejar implícito que la contingencia no podía ser penetrada teóricamente acercándose al concepto de azaroso y en particular a que la intervención de sujetos dotados de subjetividad no podrían seguir ciertas regularidades. El debate con el postfordismo tomó formas particulares:

a) La confusión entre japoneización (Wood, 1991), entendida como lo sucedido en Japón y su despegue productivo de la postguerra, y toyotismo (Dore, 1977; Gilbert, 1992; Wood, 1991; 1993), como estilo de *management*, afirmándose que entre fordismo y toyotismo no habría realmente una ruptura. Finalmente, la teoría del proceso de trabajo ha tenido que aceptar abiertamente que entre éstos hay diferencias fundamentales, pero el retraso tuvo un costo en la riqueza de la teorización;

b) En la polémica de la flexibilidad (Pollert, 1991; Elger; Smith, 1995) se criticó el optimismo postfordista en cuanto a concebir un posible futuro de flexibilidad consensuada con los sindicatos, una flexibilidad amable, como más probable que la flexibilidad unilateral. Pero la crítica se hizo también por negar que hayan cambiado tanto las relaciones laborales como para pensar en una ruptura entre rigidez y flexibilidad, que se complementa con la idea de que no hay estrategias conscientes de flexibilización por parte del *management* (Hyman, 1987). Esta posición, con toda su riqueza crítica, en cuanto que no se podía demostrar que el fordismo como proceso de trabajo, además de régimen de acumu-

lación, haya predominado en los aparatos productivos de todos los países y, por lo tanto, que definiera globalmente un período general del capitalismo, se autolimitó por la insistencia de que no había nada realmente nuevo en esta temática, en aras nuevamente de la contingencia que implicaba resultados aleatorios en procesos de trabajo (Ferner; Hyman, 1992). En cambio, la postura pudo haber sido, siguiendo la tradición marxista clásica del paso de la manufactura a gran industria, la de cuáles formas de los procesos productivos se estaban estableciendo centralmente en ramas clave – tecnología, organización, flexibilidad laboral, calificación – sin que necesariamente estas fueran las postfordistas, versión amable del neoliberalismo según la TPT que avanzaba en el mundo. Con esa postura se limitó la capacidad de teorización de lo nuevo, así como una contribución positiva en cuanto a conocimiento de las nuevas formas de flexibilidad del trabajo que evidentemente se extendían por el mundo. Paradójicamente, los enemigos de las concepciones de la realidad reducidas a los discursos llegaron a creer que las nuevas realidades eran tan solo discursos a combatir discursivamente; y

c) La crítica más amplia al postfordismo (Ferner; Hyman, 1992) en cuanto que los postfordistas entrarían al juego neoliberal ayudando a legitimar la flexibilidad, que por otro lado, no garantizaría la eficiencia productiva. Aunque la propuesta de etapa postfordista siguiente al fordismo ha sido abandonada por los mismos regulacionistas, no tendría que haberse traducido en que ninguna etapa general estaba en puerta sino una especie de continuidad de lo anterior (Martínez; Steward, 1997).

La capacidad de crítica teórica y en la investigación empírica al postfordismo en Inglaterra contribuyó a que éste no calara tan hondo como en Francia y en América Latina, aunque, como veremos, tuvo sus costos para la propia teoría del proceso de trabajo. Por otro lado, la realidad de las empresas inglesas de la época es posible que mostrara una inercia productiva en organización y relaciones laborales, ya no resultado de la fuerza de los sindicatos que estaba en decadencia, sino de la fortaleza de las estructuras, culturas y prácticas previas, sobre todo en el piso de la fábrica. De tal forma que durante un decenio o dos ni *management* ni trabajadores estuvieron muy dispuestos a aplicar las nuevas formas de organización intensivamente o a llegar al fondo con la flexibilidad del trabajo (Hyman, 1999).

Este éxito relativo frente a los postfordistas no fue equiparable en los noventa contra los postestructuralistas y postmodernos. El ignorar el campo de la subjetividad para la teoría del proceso de trabajo, a pesar de

haberlo advertido desde las críticas a Braverman en un inicio, dejó este campo y el de la identidad a los parientes cercanos de la postmodernidad (Knights; Willmotts, 1990) – hecho semejante aconteció en América Latina, en una primera instancia con la perspectiva de fragmentación de las identidades de Bauman (2005) o Dubar (2002) y en otro nivel con corrientes subjetivistas de imaginarios o de la realidad reducida al discurso, diferentes a la de Foucault. Pero el cuestionamiento de los postestructuralistas a la teoría del proceso de trabajo fue más profundo que la del postfordismo, porque en aras de incorporar subjetividad y poder a partir de Foucault, se convirtió en una negación de la pertinencia de la teoría del proceso de trabajo frente a una teoría de la subjetividad objetivada como discurso (recuérdese el concepto de Schütz de significado objetivo contenido en la cultura vs. significado subjetivo en la conciencia individual). Es decir, realmente no era un debate sobre el proceso de trabajo sino sobre cómo entender la realidad social, toda realidad social, vista por éstos como un texto, un discurso o, por el otro lado marxista, entender que hay estructuras no necesariamente discursivas o reducibles al discurso.

A mediados de los noventa, la teoría del proceso de trabajo en Inglaterra parecía liquidada frente a las teorías del fin del trabajo, pero en su traducción postestructuralista. Sin embargo, la Teoría sobre el proceso de trabajo contenía un núcleo racional recuperable frente al estructuralismo de la teoría de la regulación y el otro estructuralismo del discurso de los postestructuralistas. Este núcleo se encontraba en sus tesis fundacionales, la relación no determinista entre proceso de valorización y de trabajo, que, sin embargo, habría que intentar vincular nuevamente estructuras y sujetos, no bajo el concepto de causalidad sino de presión, canalización, acotamiento, tal y como estableció tiempo atrás E. P. Thompson (1980) para la relación entre estructuras y sujetos. Es decir, la indeterminación del trabajo, que potencialmente podría abrir un espacio para la inclusión de sujetos dotados de formas de construcción de significados y voluntad, en relaciones prácticas, para su recuperación sería necesario reconocer el problema metodológico de las tendencias, diferente a la predicción de las ciencias naturales o del positivismo, pero sin caer – como cayó al final una parte dominante de la TPT – en la pura contingencia. La pura contingencia puede llegar a convertirse en la negación de la Teoría. Para que haya teoría es necesaria la abstracción de particularismos a través de la identificación de los factores que son más importantes y anulando los puramente contingentes. Relacionado con este supuesto se encuentra precisamente el de estructura. La estructura es esa jerarqui-

zación en la propia realidad. El otro supuesto es de que el pensamiento puede descubrir esos factores más determinantes con una guía teórica y epistemológica y no mantenerlos en una caja negra. De otra manera se trataría de un empirismo poco prometedor como conocimiento. Visto de otra forma, la idea de la contingencia pareció apoyarse en el postulado de que entre la realidad estructural de los procesos de trabajo y comportamientos colectivos habría tantas mediaciones que sería imposible incorporarlas en la teoría y, por tanto, no quedaría sino la afirmación de la contingencia que impediría captar tendencias. Pero para que haya ciencia tiene que partirse del supuesto de que puede haber regularidades en la realidad, no necesariamente universales como en las ciencias naturales, sino que pueden estar acotadas temporal y espacialmente; por otro lado, las regularidades pueden mostrar tendencias y así evitar el problema de la indeterminación absoluta frente a mediaciones tan específicas al objeto y, finalmente, la introducción de la idea de jerarquía, es decir, que hay aspectos de la realidad que influyen en el fenómeno más que otros.

Esta interpretación errónea de la indeterminación del trabajo llevó también a que se negaran correlaciones entre niveles de la realidad. La crítica antipositivista al planteo de modelos universales, no necesariamente tendría que llevar a la negación de toda estilización de esa realidad por niveles; de esta manera, la radicalización del argumento también los llevó a independizar proceso de trabajo y acumulación de capital y, en especial, a la negación de que hubiera estrategias empresariales. Posiblemente, la posición crítica al funcionalismo que predominaba en Inglaterra en las teorías de relaciones industriales, previas a la teoría del proceso de trabajo, y su continuación en las sistémicas de las teorías de organizaciones hayan llevado a esta radicalización de la “indeterminación del trabajo”. Sin embargo, ha faltado explorar otros tipos de vinculaciones entre aspectos de la realidad – no funcionales, causales ni sistémicos – en las Teorías. Una forma podría ser a través del concepto de configuración (De la Garza, 2008) que puede implicar relaciones duras, funcionales, causales, deductivas junto a blandas, como el uso de las metáforas, analogías, recursos retóricos o categorías del pensamiento cotidiano, hasta la discontinuidad y la obscuridad. De esta manera también se rompe con la visión newtoniana del mundo y se permite recuperar una idea de Totalidad no sistémica sin aislar el proceso de trabajo, en aras de una indeterminación que en realidad sería la negación a teorizar sobre la subjetividad y sus relaciones con estructuras y acciones. Para evitar las tentaciones del estructuralismo no bastaría con introducir la contingen-

cia, porque de cualquier manera lo teorizable seguiría reducido a las estructuras y si éstas tampoco determinan, se estaría dando la razón a los subjetivistas.

También fue grave el considerar que no había estrategias empresariales ni gerenciales, posición insostenible que ha tenido que cambiar. Esto, a contracorriente no solo de Braverman y los regulacionistas, sino en especial de las corrientes más influyentes del estudio de las organizaciones y del *management*. Porque hablar de estrategias no requiere pensarlas de acuerdo con el modelo de la acción racional, en el que los fines están dados y los medios se eligen por relación costo/beneficio. Cualquiera que se haya acercado a una empresa grande sabe que hay cuerpos especializados de planificación que ayudan a las gerencias a elegir entre opciones, la opción elegida de negocios, recursos humanos, relaciones laborales capacitación, tecnológica etc. Implica ciertos cálculos pero también cierta argumentación a adpotarse por parte de quienes toman las decisiones fundamentales. Lo anterior no significa que éstas se cumplirán al pie de la letra, empezando porque al bajar al piso de la empresa se ponen en juego actores diversos con sus interpretaciones, intereses, consensos u oposiciones, de tal forma que puede haber una distancia mayor o menor entre la estrategia diseñada y la realmente establecida y esta última, por tanto, no depende solamente de las gerencias y sus asesores. Pero que haya esas distancias entre la estrategia y lo establecido realmente, la “estrategia realmente existente”, es diferente a decir que no hay estrategias, la realmente existente es la que se pudo en concreto establecer y el problema con la teoría del proceso de trabajo es que sí puede haber regularidades en estrategias de empresas, aunque haya muchos factores circunstanciales diferentes entre las compañías. Las regularidades no pueden ser resultado de la igualdad entre empresas concretas en su mínimo detalle, sino porque haya factores estructurales centrales, concepciones e interacciones principales semejantes. Más difícil sería ubicar estrategias dominantes por períodos históricos, aunque no habría un argumento más que el empirismo para negarlas por principio.

Pero el problema principal estaba en la no inclusión abierta de la subjetividad y la acción en el proceso de trabajo. Este problema lo habían advertido los teóricos críticos de Braverman del segundo período del debate, pero sus teorizaciones fueron insuficientes o extremadamente precavidas para no transitar del materialismo al idealismo; no pasaron de tipologías (formas del control), la aceptación de que puede haber consenso o autonomía responsable o el funcionalismo de Durkheim de la pre-

sión social que garantiza la eficiencia. Nada encontraremos que se parezca a una teoría de la subjetividad y en especial de la relación entre estructuras, subjetividades y acciones, es decir, una teoría de la acción que en el caso del proceso de trabajo capitalista tuviera como parámetro el problema de la tasa de gananci.

EL DEBATE CON LA POSTMODERNIDAD Y LA TEORÍA DEL PROCESO DE TRABAJO

Evidentemente ni el postestructuralismo ni la postmodernidad son teorías sobre el proceso de trabajo, luego ¿cómo es que entraron en competencia con la TPT? El postestructuralismo de Foucault no es todavía la postmodernidad, en todo caso, es uno de sus antecesores. Dos de sus postulados chocaron con la teoría del proceso de trabajo materialista y de origen marxista: primero, la idea de que la realidad tiene un carácter textual, es reducible a los discursos y segundo, su énfasis en el poder en las relaciones sociales que se convierte en un poder del discurso que crea imaginariamente objetos, que está en todas partes y no tiene sujeto (O'Doherty; Willmott, 2001). En última instancia, a todos se nos impondrían realidades discursivas no sistémicas, nadie escaparía a la imposición y tampoco estaría claro ningún proyecto emancipatorio, ni mucho menos a partir de un sujeto privilegiado (Foucault, 1970. Aunque Foucault trató al final de *su* vida de matizar esta visión tan estructuralista del discurso que se impone a los individuos, la recepción más divulgada es la del poder-discurso sin sujeto. Una visión con apariencia de crítica del todo discursivo que se impone, está en todas partes, se vuelve profundamente pesimista puesto que discursos de liberación serían, de triunfar, de nueva sujeción (socialismo real, por ejemplo). Es decir, el postestructuralismo tipo Foucault empezaba a hundir sus raíces en un pesimismo académico de los decepcionados de los alcances del movimiento del 68 y del socialismo real visto como nuevo totalitarismo. Este estado de ánimo se inició en los ochenta, pero no todavía en Inglaterra. Los ecos de las revueltas de los sesentas y los ochenta aún resonaban, apuntalados por cierta resistencia sindical al neoliberalismo. Sin embargo, hacia mediados de los noventa, en muchos países la oleada neoliberal llegó a su máximo y la fuerza de los sindicatos a su mínimo, aunado a nuevas generaciones de estudiantes que, a pesar de haber sido educadas en la crítica al nuevo modelo, no alcanzaban a percibir sujeto social alternativo alguno con capacidad de resistir a los cambios mencionados. Todo esto se engarzaría con las ideas postmodernas anteriores de fin de los grandes discursos, de las

ideas de futuro, de los grandes proyectos y sujetos (Lyotard, 1985) – todos se volverían dominadores al triunfar –, del refugio en la individualidad, del vivir en el presente (Thompson; Smith, 2009).

La idea de una realidad puramente textual, reducida al discurso, implica todo un concepto de sociedad y conocimiento al que habría que oponerse no una teoría del proceso de trabajo, que es lo que menos importa a tal perspectiva, sino una teoría social (Habermas, 1990). Los orígenes de aquella idea habría que buscarlos en la Hermenéutica a la manera de Husserl, para el que solo existe el objeto para el sujeto y la realidad no sería sino una idealidad (Drecher, 2012). Es decir, vienen de la antigua proposición filosófica de que no es posible distinguir entre lo que la realidad es de lo que agregan los pensamientos a la percepción a través de los sentidos, de tal forma que nunca se podría distinguir un “en sí” de la realidad del “para sí” del sujeto, quedando, por tanto, reducida la objetividad al punto de vista del sujeto. Esta es la raíz de todas las perspectivas actuales subjetivistas (Retamozo, 2012). En una primera versión se tratará de la realidad reducida al mundo interno de los sujetos, de los significados subjetivos que estos acuñen – esto sería la realidad; en la postestructuralista, tratando de escapar del subjetivismo psicologista, se planteará que el discurso como producto social es objetivo siendo esto lo real y no los significados subjetivos de los sujetos. Frente a esta concepción, la materialista actualizada no podría reducirse a establecer de forma tan elemental que la materia determina la conciencia, sino que tendría que empezar por entender que lo material y, evidentemente, que en Marx materia no se reduce a lo físico material, sino que lo más importante sería lo material social o bien la física construida socialmente a partir de un sustrato natural preexistente. En esta medida, la construcción social, que no habría que confundir con una construcción puramente de imaginarios como en Castoriadis, la cual implica interacciones, prácticas que no son interactivas, estructuras en diversos niveles, los actores y sus significados, al entrar en interrelación construirían el mundo social y, de este mundo social, habría realidades objetivas y otras subjetivas. Las objetivas serían aquellas que aunque fueran resultado de las acciones con sentido, adquirirían vida propia conformando estructuras o realidades de segundo orden, que no determinarían a los sujetos pero sí los presionarían o los delimitarían, sin eliminar todo grado de libertad o de autonomía según las circunstancias (“Los Hombres hacen la Historia en condiciones que no escogieron”). En esta concepción, los discursos como significados objetivados serían una parte de la realidad material pero ésta

no se reduciría a los mismos, porque habría realidades objetivadas no expresables en discursos o de las cuales los sujetos no tienen conciencia y que, sin embargo, influyen sobre sus vidas. Dice Habermas (1990) que la ciencia social actual no puede prescindir de la subjetividad o del discurso para lograr explicaciones, pero que es improcedente tratar de explicar solo a partir de la subjetividad. Por ejemplo, la macroeconomía, la globalización, el Estado, la acumulación de capital pueden ser discursos pero también realidades no discursivas, estructuras de las cuales puede el sujeto estar o no consciente y que no cabe duda influyen sobre su modo de vida, el de la interacción con significados. De hecho ningún discurso puede abarcar completamente todos los niveles de realidad y para algunos ni siquiera existe un discurso. Es decir, la existencia de las estructuras no dependen de que puedan ser expresadas con palabras o a través de otros símbolos; la realidad social no es solo discursiva y tampoco el análisis podría reducirse al punto de vista discursivo de los sujetos. *Aquellas posiciones* están emparentadas con la del constructivismo radical, como el de Gadamer, para el cual el lenguaje no es representacional sino que constituye al mundo (Retamozo, 2012). A la pregunta de si existe un orden social más allá del lenguaje, la respuesta sería afirmativa, aunque no se le puede conocer; no se podría ir más allá del discurso. Menos radical resulta el constructivismo social a la manera de Berger y Luckman (1979) para el que no es el lenguaje sino la interacción la que constituye la sociedad y no niega la existencia de exterioridades al cara a cara.

Sin embargo, es Foucault el rival principal de la teoría del proceso de trabajo. En su período de la arqueología del saber se ve más claramente el reduccionismo al discurso del poder, puesto que las formas de los objetos dependen de los conceptos y la reflexión es un resultado del sujeto que piensa, aunque no piensa en exterioridades, sino “se piensa” dominado por el discurso. Es decir, hay un estructuralismo discursivo que domina al sujeto sin que el dominio sea orgánico, planeado o en beneficio de alguien. En la etapa de la genealogía del discurso de Foucault hay un mayor énfasis en el poder sin dirección consciente, la microfísica del poder implica infinidad de pequeños actos sin sujeto. Epistemológicamente conduce hacia un rechazo de la idea de objetividad, donde la verdad solo sería en cierto juego discursivo, posición retomada por la postmodernidad. Sin embargo, este autor al final de su vida pareció preocuparse por concebir un sujeto menos encadenado a las estructuras discursivas, aunque esta no es la versión que más impacto ha tenido en el debate.

No obstante, la teoría del proceso de trabajo ha triunfado en Inglaterra sobre las versiones estructuralistas del discurso y subjetivistas (Thompson, 2008), de tal manera que nuevamente en el siglo XXI se muestra como dominante en los estudios del trabajo. Este triunfo tiene varias explicaciones: en el mundo material y de los sujetos laborales, el neoliberalismo en Inglaterra fue de los más agresivos en términos de combate a los sindicatos, de reducción de derechos de los trabajadores e inseguridad de los mismos, pero tal como habían previsto los teóricos del proceso de trabajo, la flexibilidad no aseguró la eficiencia productiva, de modo que su “variedad de capitalismo” no se cuenta entre los más competitivos o innovadores, ni mucho menos el de mejores consecuencias positivas para la población trabajadora. Importante fue la resistencia de los académicos de la teoría del proceso de trabajo, que habían logrado gran identidad hasta finales de los ochenta o inicios de los noventa y que venían de otra lucha en los setenta, cuando predominaban las teorías funcionalistas de las relaciones industriales. Para esto, contaban con líderes intelectuales muy prestigiosos – Thompson, Friedman, Edwards y Hyman – y una generación más joven plenamente identificada con la Teoría – Steward, Elger, Smith, Ferner. En especial, contaba con un gran líder en la figura de Richard Hyman, que en la anterior lucha con las relaciones industriales funcionalistas también había sido un líder triunfante, que tuvo la capacidad de llevar la discusión de la teoría sociológica al seno de las relaciones industriales y formar con otros una poderosa corriente marxista en esta disciplina (Frege *et al.*, 2011). Al menos entre los estudiosos del proceso de trabajo pareciera afirmarse actualmente la identidad de los que estuvieron en contra y a los que la Historia les dio la razón.

Es decir, una parte de la fortaleza de la TPT inglesa provenía de haber incorporado desde los setenta las grandes discusiones de la Teoría Social y no ser una especialidad con débiles fundamentos. Sin embargo, el duro debate con los postmodernos sacó a la luz la necesidad de revisar y profundizar en problemas de la Teoría no resueltos, tales como:

- 1) El énfasis de la corriente en la contingencia que se contrapondría a causalidad y funcionalidad debería revisarse, so pena de esterilizar la investigación empírica tan rica que, en todo caso, solo serviría para falsear proposiciones teóricas pero no para postular alguna en positivo. Porque entre causalidad positivista y contingencia absoluta cabe la idea de tendencia o bien de espacio de posibilidades para la acción de los sujetos, aunque esta propuesta supondría ir más allá no solo del positivismo

sino también del empirismo e incluir las discusiones amplias con las teorías sociales y también con las epistemologías.

2) Habría que afinarse los conceptos de materia, estructura, objetividad, cultura, interacción y acción: materia que se alejara de la vulgaridad de lo físico y aceptara que habría relaciones o significados objetivados, con existencia que se independizaría relativamente de su creadores; estructuras en diversos niveles, con eficiencias dependiendo del problema de análisis, en donde las estructuras existirían más allá de los sujetos que las crearon con sus acciones e incluso de que éstos estén conscientes de su existencia, de tal forma que las estructuras no se limitarían a los discursos sobre las mismas ni a los significados que suscitan. Estas estructuras, además, no implicarían necesariamente un edificio a la manera de un sistema integrado sino que puede implicar contradicciones, discontinuidades, disfuncionalidades junto a sus contrarios (configuraciones); subjetividad individual o social; social como proceso social, que caracteriza a ciertos grupos en cierto tiempo y espacio de creación de significados de su situación, de la relación con los otros, de su futuro. Esta visión de subjetividad tampoco es subjetivista. Al ser social implica un nivel de objetividad, nivel éste que puede ser discursivo aunque no todos los pensamientos pueden expresarse en palabras. Subjetividad como creación social de significados para la situación concreta, como sería el del trabajo, que construye significados a partir de códigos culturales socialmente acumulados, pero que no convierte a los sujetos en “idiotas culturales”, como una vez expresó Goffman acerca del funcionalismo. Interacción como la que se da cara a cara con intercambio de significados, pero también acción con la naturaleza o bien sin el cara a cara.

3) Y sobre todo la forma como se relacionan estructuras, subjetividades y acciones, en particular en el proceso de trabajo, para lo cual se requiere una teoría social más abstracta como punto de partida. De tal forma que el control o la resistencia serían construcciones sociales que no se dan solo en la subjetividad, sino que ponen en juego estructuras del mundo del trabajo y de fuera del mismo, junto a procesos desensibilización y actuación de los trabajadores a su situación en el trabajo, que se puede traducir en consenso o resistencia con respecto a las políticas de la gerencia. Este proceso de construcción que moviliza estructuras discursivas y no discursivas, conscientes o ignoradas por los trabajadores, interacciones cara a cara y las que no lo son, intercambios de significados en el cara a cara y a través de artefactos u objetos objetivados, e incluso ideas previas, es lo que va conformando que en las relaciones en el proceso de trabajo se transite hacia la cooperación o hacia el conflicto y que even-

tualmente este conflicto se vuelva amplio o no, como movimiento social. La explicación durkhemiana del orden y de la eficiencia productiva, cuando se la ha aplicado así, resulta de lo más primitiva y llena de supuestos: el supuesto de que el orden es una especie de imperativo social (¿sistémico?) que se impone a los individuos bajo sanción social entre sus propios miembros, antecesor de la visión funcionalista de imperativos funcionales o la sistémica de la integración, que ignora los problemas del poder, los intereses e influencias asimétricas entre clases sociales, etnias, generaciones, géneros, nacionalidades.

4) Durante muchos años la teoría del proceso de trabajo evitó adentrarse seriamente en el problema de constitución de la subjetividad y de cómo esta se relaciona con estructuras y acciones. Dejó la hegemonía en este tema y en el de la identidad al postmodernismo subjetivista y al estructuralismo discursivo. Pero estos dos temas en sí mismos no son propiedad de una corriente; todo depende del contenido que se le dé y de como se les relacione con aspectos de la materialidad que los postmodernos evitarían. Aunque ya está prendido el foco rojo en la TPT y enunciado abiertamente el problema de incorporar plenamente a la subjetividad en los estudios de la teoría del proceso de trabajo, sobre todo en los últimos trabajos de Thompson (2010), así como en la importancia de la identidad y de la subjetividad en el control y la resistencia, en contra de las posiciones fatalistas de una especie de naturalización del consentimiento o vasallaje voluntario de los trabajadores (Ackroy; Thompson, 1999). De tal forma que se acepta que habría una lucha por la identidad entre trabajadores y *management* y no la simple constatación de una clase obrera avasallada por el neoliberalismo y las nuevas formas de organización del trabajo, aunque rescatando la vena materialista se niega que el problema del control sea solamente cultural. La puerta está abierta, lo que falta es desarrollar las respuestas a los problemas mencionados y a otros aledaños, pero tal vez fuera demasiado pedir para una teoría regional lo que sería tarea de una teoría social abstracta. En el inicio fue en Braverman claramente el marxismo, pero a estas alturas, cuando el marxismo se ramificó en tantas corrientes, es difícil plantear un nuevo balance sin tomar en cuenta aportes que pueden ser importantes de corrientes no marxistas, en especial sobre la subjetividad.

CONCLUSIONES: ENSEÑANZAS PARA AMÉRICA LATINA

La Teoría del Proceso de Trabajo es una poderosa corriente de la sociología del trabajo que logró remontar las descalificaciones postmo-

dernas y del fin del trabajo y que luego de la crisis última del neoliberalismo, iniciada prematuramente a inicios del siglo XXI y continuada a finales de su primera década, a nivel internacional encuentra vigencia frente a los cambios en los procesos productivos y sus consecuencias para los trabajadores, como espacio de lucha. En particular, habría que reivindicar el concepto central de esta perspectiva que es el del control sobre el proceso de trabajo, de que este control no es unilateral, de que pueden haber niveles diversos de autonomía del trabajador en el proceso de trabajo que tienen que ver con poder y dominación, con consenso y coerción. Que el control es una construcción social que no transcurre solo en la subjetividad o en el discurso de los actores sino que cuentan las presiones estructurales actuales – por ejemplo, las presiones del mercado para incrementar la productividad o la calidad –, estructuras anteriores – no será igual que la estructura del proceso fuera taylorista a toyotista –, las relaciones laborales – permisivas en cuanto a la participación de los trabajadores en las decisiones, o restrictivas –, las culturas del trabajo, las interacciones; que como finalmente comienza a avizorar la teoría del proceso de trabajo hay estrategias de control por parte del *management*, incluso de control subjetivo y de creación de identidad, sin que este proceso dependa solo de su voluntad; que la identidad y la subjetividad pueden implicar además de cogniciones, valores, emociones e incluso sentidos estéticos y añadiríamos formas de razonamiento cotidianos; que la constitución de identidad puede ser un campo en disputa; y, sobre todo, que ante fenómenos actuales de sumisión voluntaria no verla como que llegó para quedarse porque el conflicto estructurado sigue presente.

En especial, que la importancia de los servicios hace pensar en la necesidad de la expansión de los conceptos de control – del cliente, del proveedor –, de relación laboral entendida no necesariamente como capital trabajo, sino como relación social dentro del trabajo que puede incluirse en los servicios a los clientes y proveedores. Expansión de conceptos todavía más necesaria en servicios que se ofrecen en espacios abiertos a la ciudadanía – taxistas, microbuseros, vendedores en la calle – en donde el control se puede extender a la propia ciudadanía, o agentes no laborales gubernamentales – automovilista, peatón, agente de tránsito, para taxistas o microbuseros – al igual que se extiende la relación laboral a estos actores (De la Garza, 2011). Tal vez necesitemos añadir un concepto que no forma parte de esta tradición pero que puede contemporanizar con ella, el de construcción social de la ocupación, entendida como resultado de estructuras – mercados de trabajo, leyes – pero también de

interacciones – redes sociales – que ponen en juego concepciones sobre la ocupación de quien busca trabajo o de quien lo proporcionará – concepción del buen trabajo o del buen trabajador. Que también sería un camino para recuperar a los trabajadores de empresas no capitalistas como actores sociales y no simples agregados estadísticos (De la Garza, 1997) y superar las limitaciones del concepto de mercado de trabajo.

Las disputas de la TPT son un ejemplo muy claro de cómo las teorías son construidas y reconstruidas en lucha, con derrotas y victorias, que contradicen el sentido común académico de que es la teoría del proceso de trabajo algo atrasado. Esta teoría en su revitalización pone nuevamente a la orden del día la investigación de los procesos laborales, con retos teóricos como los que apuntamos anteriormente. En América Latina, la vigencia y fortaleza de los estudios de procesos de trabajo en países sajones y germánicos abren la posibilidad también de su relanzamiento: primero para investigar condiciones de trabajo que incorporen los conceptos de control, de relación laboral y de construcción social de la ocupación en forma ampliados; de las relaciones entre desempeño en el proceso de trabajo con acumulación de capital, tal vez con la mediación del concepto de modelo productivo. Que complete tareas inconclusas en América Latina acerca de las tendencias de los modelos de producción; el vínculo entre producción y sistemas de relaciones de trabajo, como el de las Leyes Laborales; la recuperación de los conceptos de subjetividad e identidad en un contexto materialista, alejados del subjetivismo y del estructuralismo discursivo para dar cuenta de la posible acción colectiva que parta del proceso de trabajo, saliendo al paso ya no a las teorías abiertas del fin del trabajo que se encuentran desprestigiadas, sino a sus formas sutiles como las de la fragmentación de las identidades a la manera de Bauman (2005). Esta última teoría postula la imposibilidad de identidades sólidas y, por tanto, de acciones colectivas o proyectos de sujetos salidos del trabajo como algo que llegó para quedarse. Es el equivalente al fin del trabajo de Offe (1996) de los ochenta en cuanto a dejar de ser el trabajo el eje articulador de las relaciones sociales, o de la postmodernidad en cuanto al fin de los grandes discursos y proyectos. Pero el supuesto de fragmentación de las identidades tiene un soporte teórico débil – la fragmentación de las carreras ocupacionales. Este supuesto, por tener bajo grado de abstracción, debería someterse a prueba empírica antes de aceptarse. La prueba sería para mostrar qué porcentaje de trabajadores tienen carreras no lineales en ocupaciones (ocupaciones no coherentes), lo cual es posible verificar, pero también que la no coherencia causa frag-

mentación de identidades. Este problema es más complejo y de respuesta no evidente como cree Bauman, porque resulta muy elemental creer que la homogeneidad en ocupaciones es igual a la identidad con el trabajo, que sería un supuesto muy estructuralista al que se puede oponer que en la identidad juegan estructuras, no solo de ocupaciones, interacciones y construcción de sentidos; de ser parte de una colectividad. Si el planteamiento fuera que las identidades se investigan solo en la subjetividad, entonces el terreno en el que se despliegan no importaría si fuera la escuela, el barrio o el trabajo; bastaría con indagar en la propia identidad como fenómeno subjetivo. Pero el problema es que la subjetividad nunca se mueve en el vacío de estructuras y otras interacciones, de tal forma que sobre la construcción subjetiva de sentirse identificado con un grupo social (identidad colectiva) influyen estructuras del trabajo, por ejemplo (trabajar en una fábrica taylorizada, de flujo continuo o en una microempresa), pero también la relación con otros en el trabajo (gerentes, jefes, supervisores o sus propios compañeros), sin contar que el significado de nosotros no puede darse en la soledad de la subjetividad individual, sino que implica un significado compartido con otros en la interacción (De la Garza, 1997). Es decir, desde esta perspectiva la indagación no podría proceder solo en el plano de la subjetividad individual, ni siquiera en el caso de que esta se tradujera en discursos. De la identidad a la acción colectiva, hay la mediación no de la identidad sino de la voluntad y del problema de cómo se construye esa voluntad colectivamente. Esta construcción no puede ser solo de elementos estructurales – ubicación en ciertas relaciones de producción, por ejemplo – sin la intervención de otras estructuras, de procesos de construcción de significados y acciones. Esto no solo en el ámbito del trabajo, sino en otros espacios de la vida obrera como la familia, el barrio, según el caso (De la Garza, 2011).

En pocas palabras, la teoría del proceso de trabajo, con toda su riqueza, necesita ser reconstruida para superar no solo a un enemigo postmoderno en un espacio específico, sino también a las limitaciones epistemológicas y teóricas de la propia teoría. Esta tarea está enunciada en Inglaterra pero hay que desarrollarla. Nos habla de la necesidad de un diálogo más fluido entre teorías sociales y epistemología con teorías regionales, como las de procesos de trabajo. Y en América Latina, el esfuerzo intelectual de ir a los fundamentos, de no guiarse por modas, recordando que el predominio de una Teoría es también una construcción en cierto campo de fuerzas y no algo natural, como bien lo ha demostrado la

teoría del proceso de trabajo en Inglaterra con su ciclo de auge-decadencia y revitalización.

(Recebido para publicação em agosto de 2011)

(Aprovado em novembro de 2011)

(Versão definitiva em dezembro de 2011)

BIBLIOGRAFÍA

- Abramo, Lais; Montero, Cecilia. (2000), “Origen y evolución de la Sociología del Trabajo en América Latina”, in Enrique de la Garza. (coord.). *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ackroy, Stephen; Paul, Thompson. (1999), *Organizational misbehaviour*. London: Sage.
- Bauman, Zygmunt. (2004), *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (2005), *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona: Anthropos.
- Berger, Peter; Thomas, Luckman. (1979), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blauner, Richard. (1964), *Alienation and freedom*. Chicago: Chicago University Press.
- Boyer, Robert. (1989), *Teoría de la Regulación, un análisis crítico*. Buenos Aires: Humanitas.
- Braverman, Harry. (1974), *Trabajo y capital monopolista*. México: Nuestro Tiempo.
- Burawoy, Michael. (1979), *Manufacturing consent*. London: Mac Millan.
- Clarke, Simon. (1988), Overaccumulation, class struggle and the regulation approach. *Capital and Class*, Vol. 12, No. 3, pp. 59-92.
- . (1990), New utopies for old: Fordism dreams and Post Fordist fantasies. *Capital and Class*, Vol. 14, No. 3.
- Coriat, Benjamin. (1979), *L'Atelier et le chronometre*. Paris: Cristian Bourgois.
- De la Garza, Enrique. (1997), “Trabajo y mundos de vida”, in H. Zelman. (coord.). *Subjetividad, umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos.
- . (1998), *La formación socioeconómica neoliberal*. México: UAM-Plaza y Valdés.
- . (2008), *Del concepto ampliado de trabajo al de sujeto laboral ampliado*, in Carmen Marina Lopes (coord.). *Vías y escenarios de*

- la transformación laboral*. Bogotá: Red de Estudios del Trabajo de Colombia.
- . (2009), *Trabajo, identidad y acción colectiva*. México: UAM-Plaza.
- . (coord.). (2011), *Trabajo, identidad y movimiento social*. México: UAM-Plaza y Valdés.
- De la Garza, Enrique; Neffa, Julio César. (2010), *Trabajo y modelos productivos en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Dore, Ronald P. (1977), *Taking Japan seriously: a confucian perspective on leading economic issues*. Stanford: Stanford University Press.
- Dosi, Giovanni; Freeman, C.; Nelson, R.; Silversberg, C.; Soete, L. (1988), *Technical change and economic theory*. London: Printer.
- Drecher, John. (2012), “La fenomenología de A. Schutz y T. Luckmann”, in Enrique de la Garza; Gustavo Leyva. (coords.). *Tratado de metodología de las ciencias sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dubar, Claude. (2002), *La crisis de las identidades*. Barcelona: Bellaterra.
- Dunlop, John T. (1958), *Industrial relations systems*. New York: H. Holt.
- Durkheim, Emile. (1964), *The division of labor in society*. New York: Free Press.
- Edwards, Richard. (1986), *Conflict at work*. Oxford: Basil Blackwell.
- Elger, Tony; Smith, Chris. (1995), *Global japanization? The transnational transformation of the labour process*. London: Routledge.
- Ferner, Antony; Hyman, Richard. (1992), *Industrial relations in the new Europe*. London: Blackwell.
- Foucault, Michel. (1970), *La arqueología del saber*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Frege, Carola; Kelly, John; McGovern, Patrick. (2011), Richard Hyman: marxism, trade unionism and comparative employment relations. *British Journal of Industrial Relations*, Vol. 49, No. 2, pp. 209-230.
- Freyssenet, Michel; Boyer, Robert. (2000), *Modelos de producción*. Buenos Aires: Humanitas.

- Friedman, Andy. (1977), Responsible autonomy versus direct control over labour process. *Capital and Class*, Vol. 1, No. 1, pp. 43-57.
- Friedmann, Georges; Pierre, Naville. (coords.). (1970), *Tratado de Sociología del Trabajo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Gilbert, Norman. (1992), *Fordism and flexibility*. Londres: MacMillan.
- Goldthorpe, John H. (1970), *The affluent worker*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Habermas, Jurgen. (1990), *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- Hyman, Richard. (1987), Strategy or structure? Capital, labour and control. *Work, Employment and Society*, Vol. 1, No. 1, pp. 25-55.
- . (1999), National industrial relations systems and transnational challenges. *European Journal of Industrial Relations*, Vol. 5, No. 1, pp. 89-110.
- Liotard, Jean. (1985), *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Kerr, Clark; Dunlop, John. (1962), *Industrialism and industrial man*. London: Heinemann.
- Kern, Horst; Schumann, Michael. (1998), Limits of the division of labor. *Economic and Industrial Democracy*, No. 8.
- Knights, David; Willmott, Hugh. (1985), Power and identity power in theory and practice. *Sociology*, Vol. 33, No. 1, pp. 22-46.
- . (1990), Power and subjectivity at work: from degradation to subjugation in social relations. *Sociology*, Vol. 23, No. 4, pp. 535-558.
- Mayo, Elton. (1970), *The social problems of fan industrial civilization*. New York: Arno Press.
- Mallet, Serge. (1972), *La nueva clase obrera*. Madrid: Tecnos.
- Martínez, Miguel L.; Steward, Paul. (1997), The paradox of contemporary Labour Process Theory. *Capital and Class*, Vol. 21, No. 2, pp. 49-77.
- O'Doherty, Damian; Willmott, Hugh. (2001), Debating Labour Process Theory. The issue of subjectivity and the relevance of poststructuralism. *Sociology*, Vol. 35, No. 2, pp. 457-476.
- Offe, Claus. (1996), *Disorganised capitalism*. Cambridge: Polity.

- Panzieri, Raniero. (1976), *Acerca del uso capitalista de la máquina, en la división capitalista del trabajo*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Piore, Michael; Sabel, Charles. (1980), *La segunda ruptura industrial*. Madrid: Alianza.
- Pizzorno, Alessandro; Reyneri, E.; Regini, Mario; Reglia, I. (1978), *Lotte operaia y sindacato*. Bolonia: Il Mulino.
- Pollert, Anne. (1991), *Farewell to flexibility?* Londres: Berg.
- Retamozo, Martín. (2012), “Constructivismo: epistemología y metodología en las ciencias sociales”, in Enrique de la Garza; Gustavo Leyva. (coords.). *Tratado de metodología de las ciencias sociales*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rifkin, Jeremy. (1996), *El fin del trabajo*. México, D.F.: Paidós.
- Rose, Michael. (1979), *Servants of post-industrial power? Sociologie du Travail and Modern French Socio-Political Structure*. New York: White Plains.
- Sennet, Richard. (2006), *La cultura en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Gedisa.
- Smith, Chris; Thompson, Paul. (1998), Re-evaluating the labour process debate. *Economic and Industrial Democracy*, Vol. 19, No. 4, pp. 551-577.
- Thompson, Edward P. (1980), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Laia.
- Thompson, Paul. (2008), “Labour Process Theory and cultural management studies”, in Paul Thompson; Damian O’Doherty. (eds.). *5 perspectives on Labour Process Theory*. London: MacMillan.
- . (2010), The capitalist labour process: concepts and connections. *Capital and Class*, Vol. 34, No. 1.
- ; McHugh, David. (1990), *Work organisations: a critical introduction*. London: MacMillan.
- ; Smith, Chris. (2009), Labour power and labour process: contesting the marginality of the sociology of work. *Sociology*, Vol. 43, No. 5, pp. 913-930.
- Tolliday, Steven. (1992), *Between fordism and flexibility*. Londres: Berg.

Touraine, Alain. (1970), *La organización profesional de la empresa, en Georges Friedmann y Pierre Naville. Tratado de sociología del trabajo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Wood, Stephen. (1991), Japonization and/or toyotaism. *Work, Employment and Society*, Vol. 5, No. 4.

———. (1993), The japonization of Fordism. *Economic and Industrial Relations*, Vol. 14, No. 4, pp. 535-555.

RESUMEN

En este ensayo se analiza el auge, decadencia y revitalización actual de la Teoría del Proceso de Trabajo (TPT) que ha florecido principalmente en Inglaterra, aunque se ha difundido en muchas partes del mundo, entre otras a América Latina. Es la historia conceptual de sus debates internos, de las disputas primero con el postfordismo y luego con la postmodernidad y de cómo, a pesar de las condiciones tan desventajosas en Inglaterra para una corriente de inspiración marxista, con un movimiento obrero desarticulado, es posible que esta corriente se encuentre en ascenso, luego de una decadencia en los años noventa. Esta Historia intelectual puede ser útil en América Latina para contradecir a las corrientes postmodernas, postestructuralistas y constructivistas de imaginarios, así como a aquellas de crisis de las identidades, de cómo una perspectiva que parte de posturas clásicas, abierta a la autocritica y a la renovación conceptual puede decir más de nuestras realidades del trabajo que las modas intelectuales que han permeado a las teorizaciones en América Latina en los últimos 10 años.

Palabras-clave: Proceso de Trabajo, Subjetividad, Postmodernidad.

ABSTRACT

The paper analyses the apex, decay and revitalization of the Labor Process Theory (LPT) that flourished mainly in England in the 1970s and 80s, from where it gained other continents, including Latin America. The argument is a conceptual history of the theory's internal debates, its strengths and weaknesses, and also of the disputes, first, with Post-Fordism, and second with Post-Modernity theories. It argues that LPT is apparently being revitalized after its decay in the 1990s, despite the inhospitable English environment for a Marxist-inspired theory, with its now weak labor movement. This intellectual history may be useful in Latin America to challenge postmodern, post-structuralist and constructivist perspectives, as well as those advocating the crisis of Identities, for it shows that LPT, albeit built within a classic perspective, is opened to self-criticism and conceptual renovation. This posture can be more effective in apprehending Latin American work realities than the intellectual vogues that have inspired recent theorizations in the continent.

Keywords: Labor Process, Subjectivity, Post-Modernity.